EL SERVICIO MILITAR: LA SERPIENTE DE MAR FRANCESA

(Publicado en Nato's Sixteen Nations. *Autor: general retirado Paul Arnaud de Foïard, ex vicepresidente de la Comisión Militar para el Servicio Militar en Francia).*

Como la proverbial serpiente de mar, el tema del servicio militar nacional en Francia desaparece para volver a surgir más tarde. Sus oponentes alegarán sofistificación tecnológica, eficacia profesional y control de armas, mientras que sus defensores pueden señalar el potencial de recursos humanos, la disponibilidad de reservas y el coste comparativo. El argumento más poderoso es ignorado con frecuencia, su importancia es integrar a los ciudadanos jóvenes en la comunidad. Más allá de las meras fronteras nacionales, es una vía para formar la Europa del futuro.

Resulta triste decir que el *glasnost* que se encuentra en las democracias liberales va acompañado de un humo electoral que distorsiona un tanto la realidad. Cuanto mayor es la potencia de los modernos medios de información, sin los que ningún gobierno en la actualidad puede desenvolverse, más espesa es la cortina de humo que les acompaña, cambiando la actividad política en un juego de apariencias de conocimiento e intimidación para los iniciados —ya que sólo ellos pueden percibir la realidad—. El ciudadano "libre" está sobreinformado y no sabe más de la realidad que lo que la abrumadora industria de la información le permite saber.

El servicio militar no ha escapado a este tratamiento. Un ejemplo reciente fue la tumultuosa puesta en duda de su utilidad en la campaña para las elecciones al Parlamento Europeo. Pese a todas intenciones y propósitos, la motivación de tan importante cuestión en ese debate se derivó menos de cualquier necesidad surgida de la naturaleza del tema, que de un habilidoso sentido de maniobra electora, cuya realidad se confirmó por la urgencia del tema, desaparecida nada más recogerse los votos. Sin embargo, la seria cuestión de los ciudadanos participantes en la constitución de las Fuerzas Armadas fue expuesta a la atención pública. La vieja serpiente marina del servicio militar volvió a levantar una vez más su fea cabeza.

Este artículo intenta esclarecer la naturaleza de este problema y examinar los aspectos principales de la actual situación en Francia, seguido por los argumentos principales relativos a las oportunidades ofrecidas por el servicio militar y, por último, cambios evolutivos posibles y deseables.

Carga aceptada

Vieja institución, a la que le faltan nueve años para ser bicentenaria, el servicio militar fue muy mal acogido por la opinión pública en las décadas siguientes a su implantación. En particular, el balance que obtener entre recursos disponibles y necesidad real de conscriptos fue resuelto mediante sorteos y la escandalosa práctica de la adquisición de un sustituto, utilizado por jóvenes de familias acomodadas. Todo ello sirvió para perjudicar la imagen del servicio militar y condujo sin duda a la aparición de una subcorriente de opinión fuertemente antimilitar. El reclutamiento universal fue la consecuencia de la derrota de 1870, pero no fue hasta 1905 cuando la ley llamó a todos los hombres de cuerpo sano para cumplir el servicio militar. Desde el punto de vista de los legisladores de la época, el servicio militar debía ser la culminación de la educación pública en la formación de ciudadanos republicanos.

Entre las dos guerras mundiales, los avances técnicos, la aparición del *douhettismo italiano,* que veía en el avión el factor determinante en la estrategia militar futura, la creciente eficacia de la combinación carro-avión, todo ello hizo surgir consideraciones a favor de un ejército profesional. El coronel De Gaulle expresó estas ideas con gran talento, pero sin provocar ecos importantes. Sólo a partir de los 1970 el servicio militar se volvió a convertir en tema real de discusión en un tiempo en el que la profesionalización del servicio militar había llegado a ser un hecho. Más del 55 por 100 de nuestro personal militar es actualmente profesional. Las Fuerzas Aéreas y la Marina están formadas por un 62 por 100 y 71 por 100, respectivamente, de profesionales, y aunque el Ejército de Tierra comprende sólo un 37 por 100 de profesionales en general, sus unidades de despliegue rápido (FAR) están constituidas por un 80 por 100 de profesionales.

Carga desigual

Con respecto al servicio militar en su actual forma hay que decir está anticuado en su concepto y organización, aunque sólo sea porque contiene injusticias y desigualdades inaceptables. Es una realidad que el 37 por 100 de los elegibles para el servicio militar evita su reclutamiento, ya sea como consecuencia de no cumplimentar los trámites previos al alistamiento, razones de salud, motivos sociales o por prestar servicio civil. Sin embargo, no es tanto la cifra implicada como su naturaleza.

Aunque las razones sociales para exención del servicio militar parecen establecidas equitativamente y sus causas son bien conocidas; por el contrario, las razones de salud son las más discutibles, pues con demasiada frecuencia individuos sumamente en forma son declarados demasiado débiles para llevar uniforme. Otros, repentinameante se sienten víctimas de problemas psicológicos que doctores complacientes estiman incompatibles con la vida militar. Las injusticias más claras se encuentran en el área del servicio nacional en el sector civil; sin embargo, los Voluntarios de Servicios de Empresas Nacionales (VSNE) prosiguen sus carreras profesionales durante el tiempo de su servicio con elevados salarios que nada tienen en común con el haber del soldado. Los Voluntarios de Ayuda Técnica (VAT) en los departamentos y territorios de ultramar llevan a cabo actividades sumamente variadas, cuyos aspectos culturales y educativos resultan con frecuencia muy sorprendentes y sólo ligeramente relacionados con cualquier "ayuda" benéfica.

Estos jóvenes pertenecen a las categorías más favorecidas. Un 80 por 100 de los 12.000 graduados en las *Grandes Ecoles* no sirven en las Fuerzas Armadas. De los 600 graduados

que constituyen tres clases de graduados de la Escuela de Altos Estudios Comerciales, sólo dos fueron llamados a filas. El 55 por 100 de los graduados universitarios evadieron el llamamiento. El resultado hoy es que únicamente quienes no han podido sacar ventaja de tales coladeros elitistas, son los que hacen el servicio militar algo que queda muy lejos de la ética igualitaria. Paradójicamente es este grupo favorecido el que protesta con la máxima virulencia contra el servicio militar. Igualmente, son estos mismos jóvenes, cuyas relaciones familiares consiguen para ellos los mejores destinos sin tener en cuenta sus antecedentes y formación, pero cerca de donde viven, los que protestan más ruidosamente contra la inutilidad de una actividad para la que no están preparados. En cualquier caso, es inaceptable que la élite de la nación se mantenga desinteresada de las obligaciones derivados de la Defensa Nacional y deje esa carga a las categorías sociales menos favorecidas. No es a esa *nomenklatura* liberal a la que hay que censurar, simplemente se aprovechan de las posibilidades ofrecidas por el sistema, sino al propio sistema que hace posibles tales cosas.

Presión para cambiar

Las razones para el actual estado del sistema son triples. Primero, hay poderosos factores de inercia dentro de la administración militar. Mientras la disminución de conscriptos supone relativamente pocos problemas para Marina y Aviación, dado el tanto por ciento comparativamente modesto de personal que representan, no puede decirse lo mismo para el Ejército de Tierra, que obtiene más de una tercera parte de su personal de los llamados a filas. Muchos factores más bien negativos han combinado durante más de un tercio de siglo para inundar al Ejército de Tierra en una ciénaga de reorganizaciones. De momento, parece que el Ejército de Tierra tendría que contentarse con un grado de simplificación en la gama compleja de aplazamientos ofrecidos a los aptos para servicio.

En cuanto a las autoridades políticas parecen no tener otra solución que ir a remolque de los acontecimientos. Así, después de la oleada de agitación antimilitar de los años setenta que vio la llegada sorprendente al Gobierno de un prestigioso combatiente, que la gente esperaba tuviese un efecto calmante en los círculos militares, una vez remitida la tensión, se volvió a convertir en cuestión de urgencia —es decir, en no hacer nada—. Una sesión de trabajo, convocada por el ministro de Defensa para examinar cambios posibles o deseables en el sistema del servicio militar, en la que muy pronto se observó la falta de voluntad política para llevar a cabo cambio alguno.

Con la excepción de casos de *fuerza mayor,* impuestos por presiones de acontecimientos, ni las propias Fuerzas Armadas ni el Gobierno pueden verse como factores a favor de cambios. Existen además otras dos restricciones inerciales para dejar las cosas como están: los costes y el desempleo.

Sería ilógico en extremo intentar reducir el presupuesto de Defensa Nacional, como se hace en la actualidad, mientras que al mismo tiempo se proyecta aumentar el presupuesto de las Fuerzas Armadas, procurando la abolición del servicio militar, ya que es un hecho que el coste de un soldado profesional es tres veces el de un conscripto, unos 20.000 FF por año, frente a 60.000 FF. Además, la abolición del reclutamiento obligatorio forzaría el abandono de la política militar sensata, donde los gastos de adquisición, es decir los gastos para equipo e instrucción en tecnología de nuevas armas son superiores a los costes de mantenimiento. En Francia, en la actualidad el balance está en un 46,3 por 100 para gastos de mantenimiento y un 53,7 por 100 para adquisición. Un ejército totalmente profesional, sin embargo, siempre

tiene costes superiores de mantenimiento que de adquisición. Estos se está viendo en EE.UU. y Gran Bretaña, donde el balance en los dos presupuestos es el 58 por 100 frente al 42 por 100 (EE.UU.) y 59 por 100 frente al 41 por 100 en Gran Bretaña.

La abolición del servicio militar, que representa sólo el 1,7 por 100 del presupuesto de Defensa, sería equivalente a hipotecar la capacidad para perfeccionamiento técnico de nuestras Fuerzas Armadas. Además, cualquier deseo de limitar los gastos de mantenimiento implicaría el riesgo de aumentar aún más la carga de trabajo para las actividades de apoyo de los cuadros profesionales que están ya a punto de ruptura y para quienes una semana laboral de setenta horas o incluso noventa no es nada excepcional. En las actuales circunstancias, por lo tanto, la abolición del servicio militar parecería estar más allá de los medios presupuestarios que nuestra Nación tiene fijados para su Defensa.

El desempleo es el obstáculo final en el camino hacia tal proyecto. Una reducción del desempleo es la primera prioridad declarada por el Gobierno. El servicio militar, sin embargo, constituye un elemento no despreciable en el tratamiento sociopolítico de este problema, en la medida que implica a unos 300.000 jóvenes de entre 2.500.000 en busca de trabajo. Si de un reemplazo apto para llamamiento de aproximadamente 425.000 hombres el 37 por 100 siguen sometidos al Ministerio de Educación Nacional y el 31 por 100 tienen ya un trabajo, el resto tiene que o debe ser atendido por los diversos organismos responsables de encontrar empleo o ser incluido entre quienes prestan servicios en filas. Por lo tanto, la abolición del servicio militar tendría un impacto negativo considerable en las estadísticas de desempleo, que constituyen un barómetro para medir el bienestar político de la nación. Parece ser que en la actualidad tres de cada diez jóvenes no encuentran trabajo después de licenciarse.

Voluntad colectiva

Sin embargo, cualesquiera que sean los obstáculos y dificultades que puedan presentarse para abolir el servicio militar, la suerte de esta institución sólo puede depender de su *razón de ser*. Si la existencia continuada de esta institución es únicamente función de su inercia institucional, utilidad económica o una combinación de consideraciones políticas, que nada tengan que ver con los imperativos de la Defensa Nacional, entonces su supervivencia es sumamente incierta. Es, en consecuencia, necesario considerar qué argumentos de seguridad colectiva justifican la implicación de ciudadanos en la existencia de las Fuerzas Armadas.

La Defensa Nacional es únicamente posible si hay un deseo colectivo de asegurar esa Defensa. Se trata de una perogrullada tal elemental que a veces uno teme se está perdiendo de vista. Este mismo deseo depende de una honda convicción en el corazón de los ciudadanos, de un espíritu común que aglutine a la comunidad en lo que hoy se designa como consenso, o algo cada vez más difícil de alcanzar en el mundo actual.

No es en absoluto necesario ser un hábil sociólogo para poder manifestar que las sociedades de consumo, tales como nuestras democracias occidentales, albergan los venenos del egocentrismo, del egoísmo y del culto al yo, todo lo cual corroe la idea de la necesidad de la Defensa Nacional. En consecuencia, se presenta no sólo como necesario, sino como indispensable el tener antídotos disponibles que permitan a nuestras comunidades preservar su salud social con el fin de poder enfrentarse a los riesgos que amenazan su supervivencia. La participación ciudadana en el servicio militar es uno de dichos antídotos, no el único, pero uno entre muchos y tal vez el más eficaz, porque requiere un esfuerzo físico y sacrificio económico

altruistas que no sirven a un interés o beneficio personal inmediato. Su *razón de ser* esencialmente es unir a los ciudadanos en el mismo acto compartido de generosidad, la misma donación de esfuerzo y tiempo con miras puestas a impedir un posible futuro tributo de sangre y sufrimientos. Merece la pena añadir que el servicio militar es capaz de promover un sentido de cohesión nacional, paliando ciertas desigualdades sociales. Desde este punto de vista, en la actualidad en Francia es capaz de recoger unos 10.000 analfabetos anuales y obligarles a dominar dos capacidades fundamentales en el actual *homo sapiens,* leer y escribir.

Destino común

Este requisito de homogeneidad y la búsqueda de cohesión social cubren también una creciente necesidad actual dentro del contexto de la apertura de nuestra Nación a una entidad mayor de Europa, que se presenta como nuestra indispensable garantía de futuro. Estamos a punto de dejar atrás nuestros diversos sentimientos de cohesión nacional, sacudidos por un progreso que está siendo demasiado rápido y brutal, y sometidos a efectos mal controlados y estamos intentando volvernos a encontrar a nosotros mismos en entidades que son mucho mayores, más inciertas e imprecisas. El éxito de tal aventura no puede dejarse exclusivamente al azar. Parece, en consecuencia, indispensable asegurarse de que es posible convocar a gentes de gustos, hábitos, formas de vida y pensamientos muy diferentes. El sentido común debiera indicar que los choques de intereses, las disputas económicas, las rivalidades industriales o agrícolas, no serán los que lleven a estos hombres a fundirse, sino la conciencia de un destino unido y una identidad común. Esto requiere un esfuerzo de cohesión cultural, al que Jean Monnet lamentaba al final de su vida no haberle concedido la prioridad merecida.

Sin embargo, el tener en cuenta los riesgos y peligros comunes, a los que enfrentarse juntos y el esfuerzo compartido para prevenirse contra ellos, constituyen, sin lugar a dudas, factores que no pueden ignorarse. Una defensa común es un hito inevitable a los largo del camino hacia la unidad con el fin de asegurar el éxito de nuestro futuro europeo. En este contexto, pueden proponerse las posibilidades ofrecidas por el servicio militar. Su desarrollo y organización, por lo tanto, tienen que verse no en el ámbito nacional, sino en el marco internacional que abarca las naciones de Europa. Sin duda la ejecución de semejante proyecto pudiera parecer no realista, debido a los problemas que entraña. Es, no obstante, igualmente dudoso que los caminos que tengamos que seguir en el futuro puedan ser de soluciones fáciles.

Por último, merece la pena observar brevemente los cambios a los que está sometida hoy la Defensa Nacional, cuyas consecuencias parecen reforzar la necesidad de mantener participación ciudadana en su organización. Así, si extrapolamos los efectos de la disuasión nuclear, el aumento caso exponencial en costes y eficacia de las armas convencionales, erosiona cada vez más el empleo de la fuerza como un medio de acción estratégica. Los dirigentes de las superpotencias han reconocido implícitamente este hecho y se están moviendo con la lenta prudencia del proceso diplomático hacia acuerdos sobre desarme y cooperación internacional. La relación entre el coste y eficacia de utilizar armas modernas se encuentra en camino de perder su viabilidad.

No obstante, las tendencias naturales hacia la agresividad y la voluntad de ejercer poder no han desaparecido: la naturaleza humana permanece invariable. Las vías y medios inherentes a las confrontaciones inevitables que nos esperan revelarán en forma creciente nuevos factores de poder: económicos, financieros, tecnológicos y culturales; y estrategias más insidiosas para la acción violenta sustituirán al empleo directo de la fuerza. Sin duda, la más eficaz de

estas nuevas formas de violencia es el terrorismo. Estas nuevas formas de coerción por violencia pudieran proceder de las propias superpotencias o de naciones más pequeñas en busca de la posibilidad de rivalizar con naciones mayores sin la desventaja de una proporción desfavorable de fuerzas.

La variedad de formas posibles de terrorismo, que explota el inexorable progreso de la tecnología moderna, es capaz en la actualidad de inflingir daños materiales y físicos. En el futuro podrán atacar los cerebros de los individuos con armas de radiofrecuencia y sus mentes con armas psicológicas, ya sea mediante desinformación o creación de estados colectivos de tensión inductora al terror. Son estos los medios de agresión que tenemos que ser capaces de contrarrestar ahora, aunque sólo sea prediciendo las formas que pueden tomar y anticipándonos a sus consecuencias.

Para lograrlo se nos presentan ya dos necesidades como fundamentales. Tienen que ser, primero, un sentido de cohesión y una voluntad para soportar pruebas aún desconocidas. Tendríamos que considerar útil la fuerza de la moral requerida por una comunidad humana para resistir las coacciones dramáticas de la situación contemplada en la famosa novela *The Fifth Horseman* (El quinto jinete). En segundo lugar, tiene que haber resistencia organizada sobre el terreno, capaz de actuar o actuando sobre zonas amplias en situaciones donde grandes redes, tales como abastecimientos de agua, distribuciones de alimentos, energéticas o comunicaciones estén amenazados, si el terrorismo decide ampliar sus actividades en una forma más diseminada e intensa, extendiéndose sobre nuestras vastas áreas urbanas.

Un sentido firme de cohesión nacional, unido a la disponibilidad de grandes reservas capaces de operaciones sobre el territorio, son en consecuencia requisitos probables para la defensa de mañana, tanto si no más que la existencia de ejércitos masivos, previstos para asaltos frontales, basados en estrategia militar hoy en declive. La participación ciudadana en la Defensa dentro del marco del servicio en las Fuerzas Armadas sería sin duda un medio eficaz para conseguir la cohesión deseada, proporcionando personal instruido para utilizar armas. Ciertamente, nada de esto excluye el disponer de poderosas fuerzas, estructuradas en torno al concepto de disuasión y contando con las más modernas armas, aunque contemplándolas siempre dentro de la vida de suficiencia. Sobre todo, tenemos que ser conscientes que en un tiempo en el que la tecnología parece omnipresente y primar por encima de todo, sigue siendo el hombre el elemento principal, el factor determinante en organizaciones destinadas a la defensa futura.

Concepto de cohesión

Todas las ideas anteriores llevan a la conclusión que es oportuno mantener el servicio militar. Pero también indican que ya no es viable en la forma en que se efectúa en nuestra Nación, dadas las desigualdades que provoca y porque su mantenimiento en su estado actual no se basa en argumentos relacionados con la Defensa. ¿Qué debe hacerse por lo tanto?

Obviamente, no se trata aquí de definir de una manera concisa una forma de servicio militar que pudiese combinar las condiciones óptimas de eficacia y factibilidad. Sólo quienes ocupan cargos de responsabilidad, con pleno conocimiento de las realidades y limitaciones que envuelven a las necesidades de defensa, pueden hacerlo. Un intento de hacerlo así aquí sería ilusorio, por no decir ridículo, puesto que el concepto de semejante forma de servicio militar implica supuestos de cooperación intereuropea, contactos, acuerdos, concesiones y eventos imposibles

de analizar en tan reducido espacio. Gran Bretaña, por ejemplo, nación que ha abandonado el servicio militar obligatorio, tiene argumentos que deberían sin duda ser escuchados, ya que su monarquía representa una estructura sólida de cohesión colectiva, tanto más porque supone seguridad suficiente frente a futuras perturbaciones.

Por otra parte, es posible intentar pergeñar qué líneas generales pudieran constituir la base para tal forma de servicio militar. El objetivo básico sería reforzar la cohesión entre los ciudadanos sometidos a los caprichos de las sociedades de consumo y posiblemente vulnerables a nuevas formas de agresión perversas, difusas e internas, dándoles acceso participativo a los recursos militares que les permitirían enfrentarse a estas amenazas. Tres áreas de actividad parecen estar implicadas.

En principio, los ciudadanos necesitarían ser iniciados en el manejo de armas individuales. Se trata más de enseñar las bases para utilizarlas que de desarrollar pericia en su empleo en una confrontación. A continuación, sería una cuestión de permitirles participar en la constitución de aquellas Fuerzas Armadas necesarias para la defensa común contra ataques frontales que pudieran seguir siendo posibles. Estas fuerzas, organizadas en torno al concepto de disuasión con armamento moderno tienen que tener una capacidad operativa inmediata y permanente. Por último, es necesario establecer una reserva de hombres dispuestos, si es necesario, a enfrentarse con las nuevas formas de agresión que pueden muy bien requerir grandes efectivos de soldados.

Puede parecer que cada una de estas áreas de defensa requiere sus propias soluciones sin que sea necesario unir estas soluciones en una organización de "servicio militar" único. En verdad que la disociación de etapas de participación ciudadana en la Defensa podrían prestar flexibilidad al concepto y organización de esta forma de servicio militar.

La primera etapa sería similar a la "instrucción básica común" actualmente vigente. Pudiera hacerse hacia la terminación de la educación secundaria de los jóvenes y efectuarse en enlace con el Ministerio de Educación Nacional utilizando cuadros de la reserva. Su duración es algo que habría que definir. Los aspectos de las actividades previsibles utilizarían elementos que atrajesen a la juventud todo lo que pueda ser motivador. Podría tener una forma similar a la actual instrucción militar, pero estando imbuido de dinamismo. La mixtura de influencias entre las Fuerzas Armadas y el Ministerio de Educación Nacional, implicados ambos en la formación de los hombres del futuro, pudiera ser de gran valor en la búsqueda de factores cohesivos. Juntos, ambos organismos podrían desarrollar con la juventud implicada criterios sobre problemas de defensa en el mundo actual y proporcionar un objetivo sólido para la formación indispensable en los civiles, todo ello lejos de ideologías e influencia de los medios de comunicación. Llevado a cabo en un contexto internacional, semejante actividad pudiera ayudar a aclarar puntos de vista y lecciones de historia olvidadas, así como servir para unir a pueblos, cuyas naciones fueron rivales antes.

La segunda etapa sería reunir esas condiciones, con las que los conscriptos pudieran participar en las Fuerzas Armadas, previstas para enfrentarse a una amenaza externa. Los partidarios de un ejército profesional proporcionan argumentos sobre la mayor eficacia de los soldados profesionales y la necesidad de especialistas para manejar la elevada tecnología inherente a las armas modernas. Estos argumentos pueden ser contestados con que la calidad de cualquier institución humana depende primero y sobre todo de la de las personas que van a constituirla. Aquí es necesario, mediante el emleo cuidadoso de la motivación, llevar a la élite de la sociedad a participar en la vida de las Fuerzas Armadas, pues lo que allí sucede es también de la

incumbencia de los más elevados, y las Fuerzas Armadas les necesitan. Merece también la pena observar que la complejidad tecnológica no es necesariamente sinónima de dificultad de empleo. Lo contrario suele ser lo corriente. El equipo de alta tecnología suele ser el más fácil de manejar para la mayoría. El motor de un coche es un buen ejemplo.

Por otra parte, es una realidad que la capacidad operativa de una unidad depende profundamente del espíritu de cuerpo, y esto lleva tiempo conseguirlo. Sin embargo, es también cierto que las necesidades de aquellas fuerzas que actúan según el principio de suficiencia, no permitirán que todos los conscriptos disponibles sean absorbidos por dichas fuerzas. Hay que encontrar, en consecuencia, una forma para admitir en las unidades que abarquen las fuerzas militares principales a aquellos voluntarios que deseen formar parte de ellas, por el tiempo requerido y en la cuantía necesaria. Los citados voluntarios encontrarían ventajas, que habría que definir, de acuerdo con sus servicios. Sin embargo, está claro que la participación ciudadana en este componente de la Defensa representaría una señal indispensable de compromiso de toda la comunidad. La calidad de la voluntad colectiva para la Defensa —que es la base de la disuasión— y la naturaleza de los actuales riesgos son incompatibles con una base militar meramente profesional.

Respecto a la tercera etapa, que se ocupa de la disponibilidad de reservas, las condiciones y duración del servicio han de ser capaces de establecer igualdad en los beneficios del servicio para todos los ciudadanos. Constituirían un factor poderoso en la cohesión nacional e incluso internacional. Nos permitiría hacer frente a los riesgos de violencia en nuestras sociedades y podría prestar servicios valiosos públicos en desastres naturales. No obstante, la calidad de estas reservas dependería del esfuerzo financiero que el Gobierno hiciese por ellas. La situación actual no puede servir precisamente de ejemplo.

Por otra parte, parece que el empleo del recurso que representan los conscriptos no puede utilizarse en el marco de un servicio con base civil, o servicio nacional. Tal proyecto no sólo desequilibraría el delicado equilibrio de estructuras profesionales afectadas por el desempleo, sino que arruinaría las cifras de puestos disponibles en el sector civil para tales servicios. En Francia, 12.000 se encontraron con dificultades en 1988. La opinión de expertos cifra los puestos que pudieran ofrecerse por organismos públicos para servicios civiles en no más de 30.000. En otras palabras, el servicio tiene que ser militar o no ser.

Amplias consideraciones son necesarias en cuanto a las formas en que puede desarrollarse el servicio militar. Aunque actualmente es una necesidad, su organización está tan viciada que sólo son posibles su reorganización y replanteamiento. El servicio militar tiene que ser presentado como una obligación generosa, un pago de deudas a la sociedad, una contribución de incomodidad y esfuerzo en el servicio al bien común, con el que todo, sobre una base de igualdad, en una forma u otra, tiene que estar asociado. La participación de la mujer en este servicio merece particular consideración. Sería un error, sin embargo, buscar hacer aceptable el servicio militar haciéndole parecer atractivo. No se trata de algo para el ocio y el descanso. Es un esfuerzo productivo para la seguridad nacional. Tal cambio no puede llevarse a cabo de golpe. Sería incompatible con la inercia inherente a un organismo tan grande como las Fuerzas Armadas. Serán necesarias fases intermedias evolutivas. Por el momento todo depende de la voluntad política para decidir intentar semejante cambio y proporcionar los recursos económicos que permitan hacerlo.